

# DON JAVIER DE BÚRGOS.<sup>(1)</sup>

## NOTICIA BIOGRÁFICA.

Nació en la ciudad de Motril, provincia de Granada, el 22 de Octubre de 1778, de familia noble, aunque escasa de bienes. Al principio de su carrera se dedicó á las ciencias eclesiásticas, pero mostrando siempre especial afición al estudio de la elocuencia y la poesía, se trasladó á Madrid en 1798, donde sólo permaneció dos años, al cabo de los cuales volvió á su país.— Durante la invasión francesa desempeñó cargos honoríficos, de cuyas resultas tuvo que emigrar, en 1812, y permaneció en el extranjero hasta el año de 1817, en el cual fijó su residencia en la corte. En 1824 fué á París, de orden del Gobierno, á desempeñar una comision de Hacienda, y en 1827 regresó á España. Desde entónces ocupó siempre puestos distinguidos en la Administracion, hasta que en 1833 fué nombrado ministro de Fomento, y más adelante senador del reino, consejero real, y por último, ministro de la Gobernacion, en 1846. Fué individuo de la Academia Española. Falleció en Madrid, el 22 de Enero de 1848, á los sesenta y nueve años y tres meses de edad.— Sin contar sus comedias y sus poesías líricas, los escritos más notables de Búrgos son: la famosa exposicion que elevó al Rey desde París, la Instruccion á los subdelegados de Fomento, la traduccion de Horacio, sus Lecciones de administracion, y la historia ó *Anales del reinado de doña Isabel II*. Al principio de esta obra hay una extensa biografia de Búrgos, en la cual se hallan varios de los documentos que acabamos de citar.

## POESÍAS.

### ODAS.

#### I.

#### Á LA RAZON.

¡Dó, agobiadas las frentes  
De vagas aprehensiones,  
Aceleradas corren tantas gentes?  
¡A qué se apiñan en estrecha senda  
Cien siglos, cien naciones?  
Paz piden todos, y en fatal contienda  
Se ofenden, se maltratan;  
La verdad buscan, y el error acatan.  
Traidor él, su falsía  
Vela, y fascina y miente,  
Y guiar finge al triste que extravía.  
¡Quién no le vió, ostentando ardiente celo,  
Proclamarse insolente  
El vengador del ofendido cielo,  
Y entre preces austeras  
Alzar cadalsos y encender hogueras?

Si el impulso violento  
Mostró atajar más tarde,  
¡No substituyó á un mal males sin cuento?  
De apagar el incendio que atizára  
Hizo estéril alarde;  
Tolerante ser quiso, y hundió el ara  
Su torpe desvario;  
Huyó de ser fanático, y fué impío.  
Campeon de las leyes,  
Paladin de sus fueros  
Tal vez ser quiso, y combatió á los reyes,  
Exageró con fementido encono  
Livianos desafueros;  
Escalon del patíbulo hizo al trono,  
Y sobre él alzó aleve  
La brutal tiranía de la plebe.  
¡No veis cuál acandilla,  
Blandiendo hierro y llama,  
Ruin demagogo la soez cuadrilla?  
«Libertad, igualdad», grita furioso,  
Y al que su igual proclama  
Despoja sin piedad, y temeroso  
De que su bien recobre,  
Si rico le robó, le oprime pobre.

(1) Debemos la comunicacion de estas poesías, algunas de ellas inéditas, á nuestros distinguidos amigos don Augusto de Búrgos, hijo del célebre

escritor y ministro, y el dignísimo magistrado don Francisco Perez de Anaya. (Nota del Colector.)

Vedle de las conciencias  
Hollandando el santuario,  
Proscribir culto, escarnecer creencias;  
O ya, halagando de cruel gavilla  
El furor sanguinario,  
Entregar á la bárbara cuchilla  
Más víctimas que al fuego  
Lanzó jamás el fanatismo ciego.  
¿Qué importará que el yugo  
Rompa del monstruo odioso,  
Justa una vez, el hacha del verdugo?  
¿Brotará acaso de su sangre impía  
El ansiado reposo?  
No; brotará frenética anarquía,  
Y, abriendo un nuevo abismo,  
De ella á su vez sangriento despotismo.  
¿Podrá á su cetro odiado  
Acaso imprimir lustre  
La espada heroica de feliz soldado?  
No; entre uno y otro bélico trofeo  
Caerá el déspota ilustre;  
Caerá con ruido, y nuevo Prometeo,  
Allá en tierras extrañas  
Roerá hambriento buitre sus entrañas.  
Mas ¿no hará por ventura  
El opresor hundido  
La condicion del hombre ménos dura?  
No, no; reemplazarán déspotas ciento  
Al déspota caído.  
Vario el disfraz, distinto el instrumento  
Será de los rigores;  
Mas siempre habrá oprimidos y opresores.  
¿No amaga hoy á la vida  
De un rey pio y humano,  
Enhiesto siempre, el hierro parricida?  
¿No se revuelve la licencia loca,  
Que disfrazada en vano,  
Predica paz cuando al motin provoca,  
Y con audaz doctrina  
La sociedad por sus cimientos mina?  
Y ¿siempre en lucha impía  
El imperio del mundo  
Disputarán licencia y tiranía?  
¿De opresion siempre y crímenes y males  
En el círculo inmundo  
Se agitarán los miseros mortales?  
¿Jamás hasta la altura  
Se elevarán del bien y la ventura?  
Tú, cuya luz divina  
Las flotantes esferas  
Guía perenne, plácida ilumina;  
Tú, sublime Razon, que desde el cielo  
A mil orbes imperas,  
¿Consentirás que el morador del suelo  
Te befe en su miseria,  
Y al espíritu rija la materia?  
Del alto firmamento  
Desciende, y á mis cantos  
Benigna imprime tu celeste aliento.  
Da á mi ardor anunciar al universo  
Tus oráculos santos;  
Que revelando del error perverso  
La audacia y la falsía,  
Del bien yo al hombre mostraré la via.

## II.

## EL PORVENIR.

¿Es pez el que en la espalda  
Del piélago salado  
Abre entre espuma surcos de esmeralda?  
No, que á intervalos en batir se place  
Las blancas alas sobre el aura pura.  
¿Es cisne por ventura?  
No, que humo espeso exhala su costado.  
¿Es un volcan que de las ondas nace?  
No, que su mole entre ellas sobrepuja.  
¿Qué es, pues? Es nave que el vapor empuja,  
Ya blando, ya violento,  
Á su antojo algun dia

Ó la mecia ó la estrellaba el viento,  
Por rumbos ciertos la dirige ahora  
De poderoso gas soplo constante,  
Y al huracan bramante,  
Al escollo y la calma desafia;  
La industria anima, el tráfico mejora,  
Y á la tierra un poder nuevo revela,  
Cuando á un tiempo pez nada, y cisne vuela.  
De invento así en invento,  
Por senda ántes oscura,  
Atrevido se lanza el pensamiento.  
De la vária y vivaz naturaleza  
Guíale por el vasto laberinto  
El generoso instinto  
Del propio bien y la comun ventura;  
Instinto que, la guerra y su crueza  
Condenando feroz, hace en la tierra  
Suceder larga paz á larga guerra.  
Mas de esta paz la calma  
¿Por qué fatal destino  
No hace mejor la condicion del alma?  
Se aumenta el oro, sí; mas sus raudales  
Sólo fecundan de uno ú otro modo  
De la materia el lodo.  
Corre el mortal, pero en afan mezquino  
Sólo corre tras goces sensuales;  
Y de deseos y temores lleno,  
Ser rico logra, pero no ser bueno.  
Así por luengos años  
Llorará todavía  
Su raza fraudes, crímenes y daños.  
Las ilusiones de mentida gloria,  
Los extravíos de ambicion insana,  
De la ignorancia vana  
Fatuo el desden ó abyecta la falsía,  
Con sangre aún escribirá la historia,  
Mientras del apetito á los excesos  
De la razon no oponga los progresos,  
Y diga cuál restaura  
La dignidad del suelo  
El sabio alzado á la region del aura;  
De allí al orbe lunar despues volando,  
De allí al de Vénus y al del rubio Apolo,  
De allí al helado polo;  
Y cual entónces el tupido velo  
A la infinita creación alzando,  
Anuncia, absorto en éxtasis profundo,  
Los milagros que encierra tanto mundo.  
De sus cimias eternas  
Bajará denodado  
De la tierra á las lóbregas cavernas,  
Su mole allí sobre ejes de diamante  
Girar verá en el círculo de un dia;  
Verá la mano pía  
Que de colores engalana el prado;  
Y de rico veneno y flor fragante,  
Que el fugaz tiempo por igual divide,  
Su curso arregla y sus periodos mide.  
Y el arcano eminente  
Arrancará á natura  
De las funciones de la humana mente;  
Cómo al lodo el espíritu se apegó;  
Quién lo une, cuándo, dónde; de qué suerte  
De la materia inerte  
Afecta la impulsión al alma pura;  
Cómo, al contrario, á la materia ciega  
El espíritu imprime el movimiento,  
Y quién bastó á ordenar tanto portento,  
Y de dobleces llenos,  
Registrando en seguida  
Del corazon los escondidos senos,  
Del ciego error y miseras pasiones  
Subirá, en fin, hasta el oculto origen;  
Verá allí cuál corrigen  
Hábitos malos ó indole torcida  
Buenos ejemplos, sábias instrucciones,  
Y consagrado á agosto ministerio,  
De las costumbres fundará el imperio,  
Afirmaránle leyes,  
Que, en su presencia iguales,  
Acatarán los súbditos y reyes,  
Hábitos, opinion, costumbres, ritos,

Unos serán del Austro hasta la Osa,  
De la estirpe dichosa  
No romperán los lazos fraternales  
Vanidad, interes, pasion, delitos;  
Y blando, bueno, dócil el humano,  
Siempre en un hombre mirará un hermano.

## III.

EL TRIUNFO DEL DEY DON FERNANDO VII  
SOBRE LOS ANARQUISTAS DE ESPAÑA.

(1814.)

¿Es sueño? ¿Es ilusion? ¿Dó se han hundido  
Las montañas gigantes  
Que á los cielos sus cimias levantaban,  
De eternas nieves coronadas ántes?  
¿Cómo ha desaparecido  
Aquella que los vientos agitaban,  
Guirnalda de altos robles, Pirineo?  
¿Por cuál encanto veo  
Ya los valles profundos  
De mi patria, y del Tajo los verjeles,  
Del alcázar del dueño de dos mundos  
Brillar de aquí los altos capiteles?

Pero ¿quién es la cándida matrona  
Que á abrazar se adelanta  
Aquel jóven de blonda cabellera?  
Sobre el trono de oro se levanta,  
Que la tostada zona,  
Para que envidia á las naciones fuera,  
A la potente Iberia en feudo envia;  
La rica pedrería  
Del abrasado Oriente  
De su diadema excelsa en torno brilla.  
Mas ¡ah! su tanto esmaltan resplandeciente  
Las armas de Aragon y de Castilla.

España, España es, que á su hijo amado  
Del patrio Manzanáres,  
Jubilosa, en la margen placentera  
Ve, en fin, llegar á sus augustos lares.  
De esplendor rodeado,  
Cual puro el sol en su luciente hoguera,  
Del triunfador laurel de larga vida  
La roja sien ceñida,  
De fuerza el pecho lleno,  
Latiendo en fuerza de su amor felice,  
La matrona le estrecha en su albo seno,  
Y le torna á estrechar, y así le dice:

«Vén, llega, iris de paz, llega en buen hora,  
Príncipe deseado,  
Hijo de gloria, lustre de mi suelo;  
Propicio, oh jóven venturoso, el hado  
La diestra valedora  
Á tí guardó tenderme en mi hondo duelo;  
Hijos desnaturalados me aherrojáran;  
En su delirio osáran,  
En su delirio infando,  
Pactos dictar infames, duras leyes  
Al nieto ilustre del tercer Fernando,  
A la estirpe gloriosa de cien reyes.

»¡Crusles! aún á bárbara pelea,  
A sacrílegas lides,  
Su frenesí rabioso provocaba.  
¿Ah! ¿No sabian que, mejor Alcides  
Que el que la hidra Lernea  
Postró al blandir de la potente clava,  
Mejor Belerofonte que el que hiriera  
A la cruel Quimera,  
Al abismo hundieras  
El loco orgullo, el presumir liviano,  
Y que suaves leyes les darias,  
Tú, númen tutelar del pueblo hispano!

»Si, darás las, Fernando generoso;  
Tu voz nos las promete,

Del Ter al Miño el eco resonará,  
Del Vidasoa al turbio Guadalete,  
Del despotismo odioso  
No incensarán ya más la torpe ara  
Esos mis hijos, que tu amor engrie;  
Ya la aurora les rie  
De holganza perdurable;  
De entre los campos que tu voz reanima  
El viejo Pan su frente venerable  
Orlada encubre de la miés opíma;

»En cauces mil por su abrasada tierra  
Rueda sus ondas puras  
El ancho Bétis; riega el hondo Duero  
De Castilla las áridas llanuras;  
De la escarpada sierra  
Ruede felice el bullidor venero  
De Cartago á los campos calurosos;  
De aquilones sañosos  
Libre y rudos ataques;  
Vuela entre vegas la segura proa  
Del Cantábrico mar á los Alfaques,  
De la imperial Toledo hasta Lisboa.

»De la humana razon claros fanales  
Por tí las ciencias brillen;  
No el error torpe, la ignorancia dura,  
La vil calumnia su esplendor mancillen;  
Por ellas los raudales  
Corren do quier de plácida ventura;  
Del anhelo del bien la dulce llama  
Por ellas se derrama  
En la tierra anchurosa;  
Ellas el pecho duro suavizan,  
Ellas el alma elevan generosa,  
De los pueblos la gloria inmortalizan.

»Á par las artes, de su luz guiadas,  
Decoren á porfia  
De la sagrada Témis los palacios,  
Las mansiones augustas de Sofía;  
Las alas desplegadas,  
Cual águila caudal que á los espacios  
Se alza rauda del éter radiante,  
El genio se levante;  
Los pinceles hispanos  
Al lado brillen del pincel de Apéles,  
Emulen sus cinceles soberanos  
El divino cincel de Praxitéles.

»Atónita la tierra, hijos, gozaos;  
Ya vuestra industria admira  
Eclipsar la del Támisis y el Sena;  
Del rico Chino y la hábil Cachemira  
Las españolas naos,  
El rojo pabellon en la alta antena,  
Veo ya hendiendo la cerúlea onda;  
De la ardiente Golconda  
El preciado diamante  
Á mis playas traer, y cuantas cria  
Perlas Ormuz, aromas el Levante,  
Y Ceilan perfumada especería.

»Tanto la paz de bienes atesora;  
Gloria, honor á Fernando,  
Que abrió del bien las fuentes perennes,  
Al bando loco la cerviz domando.  
De Calpe á do la aurora,  
De la noche eclipsando los fanales,  
De nácar y arbol colora el cielo;  
Del alcázar de hielo,  
Do su manida tiene  
El crudo Bóreas, al opuesto polo,  
De paz el himno y de loor resuene;  
El cántico entonad, hijos de Apolo.»

## IV.

AL DESPOSORIO DEL REY DON FERNANDO VII  
CON LA SEÑORA DOÑA MARÍA CRISTINA DE BOBON.

El Pirene derrama  
De su falda oriental fulgor divino,  
Y súbito la llama  
Se extiende hasta los campos de Barcino,  
Y del Turia á la vega,  
Y á la que humilde el Manzanáres riega.  
Tras de larga agonía,  
El vuelo elevan, por feliz portento,  
Las artes á porfía,  
Y al insólito alegre movimiento  
De brazos y talleres,  
De la alma paz renacen los placeres.  
La suave pintura  
Por allí vida imprime al lienzo blando;  
Por allí la escultura  
Va los mármoles duros animando;  
Con tan nobles ejemplos  
La arquitectura erige arcos y templos.  
Allá mejor Vulcano  
Que el que armas en las fraguas sicilianas  
A Marte forjó insano,  
De plata y oro ricas filigranas  
En preseas ajusta,  
Que brillen luégo sobre sien angusta.  
Allí hábil lapidario  
Labra el topacio que el Brasil envía,  
O en ejercicio vario  
Pule el diamante que Golconda cria,  
Y engarza perlas ora,  
Que en conchas cuaja el reino de la aurora.  
Débil infante rica  
Malla entre tanto de sutil celaje  
Cabe el Segre fabrica,  
Que á normandas y belgas aventaje,  
O á la hermosura ufana  
Con vistosos tejidos engalana.  
Mientras el blondo rizo  
Realza de la púdica matrona  
El penacho pajizo  
Que al pájaro de Eden ciñe y corona,  
Y sobre el hombro ondea,  
Que envidiára la misma Cítarea.  
Mas ¡cómo de repente  
Todo en la noble España galas viste?  
¡Qué hado feliz consiente  
Trocar en gozo abatimiento triste,  
Luto en pompa festiva,  
Silencio inquieto en jubiloso viva?  
De pebeté sabeo  
Olorosa columna al cielo sube;  
El plácido Himeneo  
Velado baja en trasparente nube,  
Y entre aromas y flores  
Rien los genios, triscan los amores.  
Con dedo rutilante  
Enlaza Himen á la diadema hermosa  
De preciado diamante  
Fresca guirnalda de arrayan y rosa,  
Y en los esposos brilla  
La esperanza y ventura de Castilla.  
Turbólas la pobreza,  
Que entre montes de escombros alzó un día  
Su horrorosa cabeza;  
Siguiéronla el encono, la anarquía,  
La verdinegra envidia,  
Con que en vano, tal vez, la virtud lidia.  
Hoy, que Himeneo sella  
El pacto á que homenaje el amor rinda;  
Hoy, que la real doncella  
Al tronco de Borbon vástagos brinda,  
Del Dios ante las aras  
Rien las artes á Minerva caras.  
Del gozar opulento  
Ellas dilatan la anchurosa esfera;  
Al pobre dan sustento,  
Y alegría á su prole placentera;

Que el trabajo asegura,  
Con la paz, la abundancia y la ventura.  
Donde él reina, su tea  
No la discordia desgrefiada agita;  
De su cuerno Amaltea  
Placeres vierte y al placer excita;  
Que nunca el venturoso  
Turbar de los demas piensa el reposo.  
Bien tal, que dure eterno,  
El consorcio real promete á Iberia;  
Con el ocio al averno  
Se hunde el rencor, la envidia, la miseria,  
Y la patria affigida  
Renace, en fin, á venturosa vida.

## V.

## LA PRIMAVERA.

A un amigo, en sus días.

¡Qué ambiente regalado  
Súbite vivifica al orbe entero?  
¡Quién, mientras al ganado  
Retojar hace en el musgoso otero,  
En la tierra profunda  
Los vegetales gérmenes fecunda?  
¡Quién el raudal de plata  
Que sesga ondisonante en la pradera,  
De los montes desata,  
Do de vellones cándidos cubriera  
Capricornio inclemente  
La fértil falda y la pelada frente?  
En su girar eterno,  
Del Aries Febo á la mansion se avanza,  
Y al aterido invierno  
De la Ursa helada á las cavernas lanza,  
Y su triunfal carrera  
Vuelve á empezar la dulce primavera.  
Del suyo marcha al lado  
El carro de oro de la cipria diosa,  
De cisnes arrastrado;  
El niño Amor en su regazo posa,  
Y de la mano asidas,  
Se acarician las Gracias desceñidas.  
Céfiros voladores  
Abren la marcha, el aire suavizan,  
Del almendro las flores  
En su obsequio los campos entapizan;  
En su obsequio la vega  
Las hojas de sus árboles despliega.  
Sobre el cogollo erguido  
El ruiseñor por verlas se encarama,  
Y de amor poseído  
Y gozo, salta de una en otra rama,  
Y de requiebros finos  
Hinche la esfera en regalados trinos.  
En el herboso prado,  
Del fresco arroyo á la frondosa orilla,  
Agitase inflamado  
El toro en el amor de su novilla,  
Y los peñascos huecos  
Léjos repiten de su amor los ecos.  
Sobre todos los seres  
La dulce primavera derramando  
Va de amor los placeres,  
Y á las caricias, al halago blando  
Del céfiro, amorosa,  
Su cáliz virginal abre la rosa.  
¡Qué es el amor, empero,  
Del ave, del cuadrúpedo ó la planta?  
Un instinto grosero,  
Que nunca de la tierra se levanta;  
Mientras á la empírea cima  
A tí amor de otra especie te sublima.  
Del sol de primavera  
En tu natal brilló la llama pura,  
Porque tu vida fuera  
Toda, José, de amor y de ventura;  
Porque en tu blando seno  
Siempre amistad y amor hallase el bueno,

Este amor es la fuente  
De inefable placer, de eterna fama;  
Fecundo, útil, potente,  
Bálsamo sobre el misero derrama  
A quien la vida aqueja;  
Es el amor que á Dios nos asemeja.

## VI.

## Á LA CONSTANCIA.

No del varon constante  
Turba la paz, de Marte el grito horrendo,  
Ni el piélagos bramante,  
Ni el pavoroso estruendo  
Del ronco trueno en derredor rugiendo.  
Ni del tirano airado  
La torva faz ó el ánimo inclemente,  
Ni el orgullo exaltado,  
En anhelar ardiente,  
Alzando al cielo su vacía frente.  
Cual la robusta encina,  
Del Aquilon y el Noto en la pelea  
Présaga de ruina,  
La selva enseñorea,  
Y el pomposo ramaje ufana ondea;  
Tranquilo así oye el bueno  
Los alaridos de furioso bando,  
Y con rostro sereno  
Mira el acero infando  
De su cerviz en torno revolando.  
Que del tósigo ardiente  
Mientras la copa Sócrates apura,  
Del aura trasparente  
Hendiendo la onda pura,  
De la inmortalidad trepa á la altura.  
Y trepas firme y ledo,  
Temblar haciendo á la injusticia fiera  
Tu impasible denuedo,  
Oh gran Molé, en tu hoguera,  
Cual sol brillando en su abrasada esfera.  
Mientras bata importuna  
La onda salobre de Neptuno el coche;  
Mientras la blanda luna  
Tibia luz desabroche  
Entre sus sombras de callada noche;  
Vuestra eterna memoria  
La fama llevará de gente en gente,  
Y el cántico de gloria  
Sonará reverente  
De do rie la aurora hasta Occidente.

## VII (1).

## Á LOS PROGRESOS DE LA INDUSTRIA.

Rindió en incultas bárbaras naciones  
El mortal prosternado  
Con razon cultos á Minerva y Ceres,  
Que una inventó el telar y otra el arado.  
Roto por él, sus dones  
Y de dulce abundancia los placeres  
Prodigó el ántes yermo y triste suelo  
Al humanal anhelo.  
El silvestre madroño  
Huyó y la jara del ribazo umbrío,  
Que cubrió de racimos el otoño  
O coronó de mieses el estío.  
Minerva, en tanto, por divino juicio,  
Las pieles de leones  
Por la lana trocó, que tejió grata.  
En telas trocó el arte los vellones  
Que el múrice fenicio  
Vino á teñir de espléndida escarlata.  
Cundieron luégo por el mundo bajo  
Los bienes del trabajo.

(1) La mayor parte de esta oda es refundición y muchas veces reproducción literal de la que algunos años ántes habia escrito Búrgos al *Triunfo del Rey D. Fernando VII*. Hemos creído conveniente no suprimir aquí las estrofas repetidas, por las acertadas variantes que la presente oda contiene. (Nota del Colector.)

Más cómoda guarida  
Se alzó el salvaje. Se pobló la tierra;  
Encantos nuevos encontró la vida,  
Y sus furores mitigó la guerra.  
No, pues, hoy temas que á civil pelea,  
A sacrilegas lides,  
De nuevo incite la discordia brava.  
La activa industria, sí, mejor Alcides  
Que el que la hidra Lernea  
Postró al blandir de la potente clava,  
Mejor Belerofonte que el que hiriera  
A la criel Quimera,  
El aliento en las fauces  
Sofocará del presumir liviano,  
Y raudales de bien por anchos cauces  
Hará que corran por el suelo hispano.  
Si, correrán; que la comun ventura  
Al iluso, al malvado  
Desarma, que á la patria herir amaga,  
Mientras se finge su leal soldado.  
De la anarquía impura  
Jamás se alista en la cohorte aciaga  
El que en trabajos útiles se engrie.  
Mientras de la paz rie  
La aurora refulgente,  
Entre los campos que la esteva anima,  
El viejo Pan la venerable frente  
Orlada encumbra de la miés opima.  
En mil canales por su ardiente tierra  
Ruede sus ondas puras  
El ancho Bétis. Riegue el turbio Duero  
De Castilla las áridas llanuras.  
De la empinada sierra  
Del Segre bullidor corra el venero  
Del Urgel á las fértiles regiones.  
De recios aquilones  
Libre y rudos ataques,  
Vuele entre velas la segura proa  
Del Cantábrico mar á los Alfaques,  
De la imperial Toledo hasta Lisboa.  
Dar cima á tan magníficos portentos  
Las ciencias pueden sólo.  
Las ciencias, pues, como fanales brillen,  
Sin que calumnia, error, envidia ó dolo  
Los altos pensamientos  
Del sabio turben ni su honor mancillen.  
De la felicidad guia á la cumbre  
De las ciencias la lumbre.  
Bajo el humilde techo  
Ellas groseros hábitos suavizan,  
Aliento dan al generoso pecho,  
De los pueblos la gloria immortalizan.  
A par las artes, de su luz guiadas,  
Decoren á porfía  
De la sagrada Témiis los palacios,  
Las mansiones augustas de Sofía.  
Las alas desplegadas,  
Cual águila caudal que á los espacios  
Se alza rauda del éter radiante,  
El genio se levante.  
Los pinceles hispanos  
Al lado brillen del pincel de Apéles;  
Emulen sus cinceles soberanos  
Al divino cincel de Praxitéles.  
En el felice porvenir gozaos,  
Que á nuestra industria mira  
Correr tras la del Támesis y el Sena,  
Del Chino activo y hábil Cachemira.  
Las españolas naos,  
Ondeando el gallardete en la alta entena,  
Veo ya hendiendo la cerúlea onda.  
De la rica Golconda,  
Del rival con enojo,  
Los diamantes cargar, y cuantas cria  
Perlas Ormuz, aromas el mar Rojo,  
Y Ceilan perfumada especería.  
Mas cuanto Industria y Paz brinden ahora  
De vida y de riqueza,  
Tanto amenazan de orfandad y males  
Discordia atroz ó misera Perea.  
De Calpe á do la aurora,  
De la noche eclipsando los fanales,